

Marie Claude Lecuyer sabe recordar de modo sintético los contrastados juicios formulados sobre la personalidad de Pozos Dulces y también, en su conclusión, convencernos de la complejidad de su itinerario, matizar sus compromisos y sus posturas, recalcar la riqueza del estudio de su pensamiento a pesar de las dificultades de la investigación.

El libro termina con varios anexos, 15 documentos que reproducen cronológicamente algunos escritos esenciales de Pozos Dulces.

Pierre BASTERRA
Universidad de Paris VIII-Saint-Denis

REGALADO DE HURTADO, Liliana. *El rostro actual de Clío. La Historiografía Contemporánea: Desarrollo, cuestiones y perspectivas*. Lima. 2002. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. 133 pp.

La bibliografía en español como lengua originaria sobre el desarrollo de la historiografía occidental ha sido, en verdad, poco frecuente. La cantidad se reduce aún más si es que pretendemos encontrar en la existente, una visión más allá de la fundamentalmente descriptiva, con reflexiones de orden teórico-metodológico sobre la disciplina. Felizmente, en los últimos veinte años el patrón ha empezado a cambiar. Autores como Julio Aróstegui, Carlos Barros, José Carlos Bermejo, Juan José Carreras, Josep Fontana, Elena Hernández Sandoica, Enrique Moradiellos, Gonzalo Pasamar, entre otros, le han comenzado a dar a España un lugar señalado en los debates sobre historiografía. Aunque Hispanoamérica ha quedado un tanto relegada del proceso, se debe destacar la importancia de nombres como los de Jorge Casani, Germán Colmenares, Sonia Corcuera, Fernando Devoto, Tulio Halperin y Antonio Pérez Amuchástegui; a los cuales hay que agregar ahora el de Liliana Regalado de Hurtado, profesora de larga trayectoria en la Pontificia Universidad Católica del Perú y actual Decana de su Facultad de Letras y Ciencias Humanas, quien ha publicado recientemente un ensayo que presenta un panorama del hacer historia durante el siglo XX y lúcidas consideraciones sobre la configuración actual de la disciplina y sus límites y posibilidades.

Tal vez el mérito principal de este libro sea que su autora, desde Hispanoamérica, logra combinar fructíferamente la inevitable enumeración de obras y autores con maduras observaciones sobre su significación al interior de la historiografía occidental. El mérito es doble dado que, en general, los historiadores hispanoamericanos estamos más acostumbrados a leer que a escribir historia de la historiografía, lo que dificulta el proceso creativo y de confección de obras de este tipo, en la medida que no siempre abundan los interlocutores que, junto con una práctica profesional dedicada a la reconstrucción minuciosa del pasado, se hayan dedicado también a pensar y re-pensar los fundamentos que hacen posible esa reconstrucción. Además, otra de las virtudes del presente texto, y en consonancia con lo dicho en el párrafo anterior, es que no existen demasiados mode-

los a seguir, pues de los historiadores que se han dedicado a este campo de estudio, pocos son los que lo han explicado metodológicamente. No es posible, sin embargo, detenerse en las reseñas comentadas de obras y autores, pues este nivel «morfológico» no establece la relación entre el contexto y el producto historiográfico. Liliana Regalado lo sabe bien y por eso en el libro nos encontramos con las líneas directrices del período cultural en el que se publicaron las obras analizadas, demostrando un ágil manejo de la historia intelectual, que revela a una catedrática dedicada desde hace varios años a la enseñanza de estos temas, tanto en el pregrado como en el postgrado.

Así, *El rostro actual de Clío* luego de una breve presentación de la consagración de la historia durante el siglo XIX, detiene su atención en el XX y repasa las diversas escuelas y tendencias que han caracterizado a esa fértil centuria. No olvida que el historicismo y el positivismo no son escuelas sólo decimonónicas, sino que posteriormente han ejercido larga influencia. Asimismo, logra diferenciar las particularidades de ambas corrientes, aunque por momentos identifica al positivismo con la escuela metódica, cuestión que es por demás común y sobre la cual los especialistas aún no están completamente de acuerdo. Sin embargo, según nuestra opinión, los historiadores positivistas pretendieron elaborar una filosofía de la historia, como fue la de Comte, lo que los aleja mucho de los historicistas (en especial alemanes) y de los metódicos (sobre todo franceses), quienes se preocuparon por afianzar las individualidades históricas, el detalle preciso y estuvieron opuestos a las grandes generalizaciones propias de las filosofías de la historia que intentaban rastrear el «principio» rector de los hechos. Prosiguiendo su camino, la autora aborda los primeros tiempos de la Escuela de los *Annales*, y no puede esconder su simpatía hacia esos innovadores y hacia la noción de mentalidades, aunque el apego va decayendo respecto de los seguidores de aquella tendencia que quisieron establecer una historia inmóvil y serial. Al marxismo historiográfico están dedicados varios acápites del libro, reconociendo su aporte al oficio del historiador, pese a lo cual también se subraya la crítica a los esquemas pocos maleables con los cuales los marxistas, en más de una ocasión, pretendieron hacer calzar el pasado. No se le escapan las perspectivas de género, psichistórica, etnohistórica, de la vida cotidiana, de la historia del discurso, etc.

Las implicaciones causadas por el postestructuralismo y el postmodernismo concentran observaciones de carácter teórico, cuya insistencia nos permite suponer que la «*intentio auctoris*» del texto se halla en la necesidad que siente Regalado de conciliar el universal rechazo al metodologismo ingenuo con la comprobación evidente de que la historiografía intenta ser la reconstrucción metódica de un pasado que fue. El recuento de la historiografía del siglo XX conduce a la autora a señalar temas relacionados con el tipo de conocimiento y verdad a los que pueden acceder los historiadores. Es por eso que constantemente nos presenta al relativismo radical como un peligro para la práctica del historiador y no abandona la convicción de que, en ese quehacer, es posible arribar a una verdad con algún grado de certeza. Y, como el tema está abordado desde la perspectiva del intelectual, la autora no se queda anclada en su parcialidad metodológica, sino que con valentía inserta la reflexión sobre su disciplina en el conjunto más amplio de la posibilidad del cono-

cimiento en las ciencias humanas y con las actuales disquisiciones sobre la fundamentación del conocimiento científico.

Es conocido que la física actual ha ido abandonando el paradigma newtoniano y no es temerario afirmar que hoy la gran mayoría de los físicos aceptan los postulados de la mecánica cuántica como valederos para conocer la realidad, lo que ha venido en llamarse el principio de Heisenberg o de la incertidumbre. La física cuántica sostiene que las leyes «descubiertas» por los científicos deben ser expresadas en términos probabilísticos. Es decir, el paradigma científico no sólo admite, sino que postula la imposibilidad de llegar a establecer leyes regulares para un mundo consistente, pues la consistencia no ocurre necesariamente en el mundo físico, de hecho frente a un mismo estímulo dos electrones pueden reaccionar de manera distinta. Por lo tanto, no hay certidumbre absoluta, hay sí mayores o menores posibilidades de que el efecto suceda. Si la misma ciencia natural constata que no es probable obtener una verdad absoluta, éste es un aserto que no pueden obviar las llamadas ciencias del espíritu, cuya objetividad siempre estuvo puesta entre paréntesis, en especial la historia que tiene por objeto de estudio al pasado que, por definición, es un «algo» que ya no existe. Al respecto, es interesante cómo Regalado aprovecha las transformaciones en el paradigma científico para sentenciar la igualdad entre las ciencias naturales y las humanas porque habría quedado demostrado que «los conocimientos alcanzados por ellas no son concesiones epistemológicas que las convierten en saberes de segundo orden debido a los niveles de subjetividad y arbitrariedad que poseen» (p. 53), pues dichos niveles están también presentes en las ciencias de la naturaleza.

Con este telón de fondo, Regalado se eleva «al ámbito de lo teórico» y posee dos importantes ventajas que le permiten discurrir con solidez. En primer lugar, es una historiadora con práctica; ha desempolvado archivos y crónicas; ha leído entre líneas los documentos coloniales; sabe cómo se confeccionan las obras historiográficas; conoce cuánto de arte y ciencia hay al armar el rompecabezas. Como ella misma ha «descubierto» hechos no puede menos que admitir que es posible hacerlo. Pero, como no es sólo una historiadora de hechos, acepta de buena gana la poca probabilidad de llegar a verdades absolutas, lo que no tiene que significar la condena a un relativismo sin fin. Por lo tanto, la práctica le permite elevarse allí hasta donde es razonable. Su segunda ventaja es que ha sabido escoger bien su marco teórico, en el que sobresale la figura de Hans Georg Gadamer, el gran hermeneuta del siglo XX. Ciertamente la impronta del Gadamer de *Verdad y Método I* se percibe por doquier en el texto de Regalado, en las citas frecuentes y en el uso consciente de nociones gadamerianas como las de tradición y horizonte. En ese sentido, quizás hubiese convenido profundizar sobre los puntos cardinales de la llamada hermenéutica ontológica y cuán útil pudiera resultar para los historiadores de hoy día hacer uso de ese instrumental, el que sería especialmente provechoso para los dedicados a la historia de la historiografía, pues el estudio de la escritura de la historia nos pone de inmediato en frente de un análisis hermenéutico, en tanto que el trabajo histórico es en efecto un texto que requiere de interpretación.

No está de más recordar que Gadamer fue discípulo de Heidegger y que a partir de la recuperación del círculo hermenéutico heideggeriano¹, postuló que al comprender un texto el intérprete proyecta un sentido general e inicial del texto en función de sus «prejuicios», pero estos «prejuicios» no son juicios infundados. Gadamer se refiere a anticipaciones, a ese sentido proyectado, a opiniones legítimas, a la «precomprensión» que hace posible la comprensión. Esta «precomprensión» da cuenta de la pertenencia a la tradición del intérprete y de la propia historicidad del ser humano. Es decir, la proyección de sentido, que hace posible la comprensión, está enraizada en la situación del intérprete. No estamos, por lo tanto, frente a un intérprete neutral, sino condicionado por su tradición, lo que, sin embargo, no implica que el conocimiento, o la comprensión, dependan sólo de su subjetividad. Por el contrario, la comprensión está anclada en el proceso de la historia, lo introducido en el círculo no son las ocurrencias subjetivas del intérprete, sino el peso de la tradición. El comprender debe entenderse como un desplazarse hacia un acontecer de la tradición, en el cual pasado y presente se hallan en continua mediación. El intérprete, pues, está en la tradición y comprende gracias y a través de la tradición. Éste es el sentido de la regla hermenéutica de comprender el todo desde la individualidad y lo individual desde el todo, donde el criterio para la corrección de la comprensión es siempre la congruencia de cada detalle con el todo. De no existir tal congruencia, la comprensión ha fracasado.

El problema de la comprensión remite al problema de la verdad, bien lo dice Coreth «toda intelección quiere comprender verdad»². Pero, no estamos hablando de una verdad absoluta, pues ni la ciencia natural habla ya de ella. Tampoco se trata de la verdad como «*adequatio*» a lo que la realidad es, porque la física cuántica nos ha demostrado que la realidad que captamos depende en mucho de cómo realicemos nuestra observación. No es una verdad totalmente objetiva, porque la biología del conocimiento nos enseña que el conocimiento es una experiencia del sujeto y nos manifiesta todos los filtros por los que atraviesa la «realidad» una vez captada. Pero tampoco se trata de una verdad sólo subjetiva o arbitraria, porque lo que se quiere conocer es distinto del sujeto. Aunque no exista una separación radical entre sujeto y objeto, el objeto trasciende al sujeto, de hecho la realidad es trascendente a los individuos. Es cierto que la realidad sin individuos no existe, pero no existe dentro de la experiencia del conocimiento y, en cambio, sí existe como cosa, como mundo muy anterior, incluso, a la aparición del hombre.

El nuevo paradigma científico comporta entonces un nuevo tipo de verdad que se condice con la noción de la verdad propuesta por la hermenéutica ontológica gadameriana. La verdad debe considerarse como enmarcada en un horizonte histórico-lingüístico: «lo que queremos expresar con la verdad posee, pues, su propia temporalidad e historicidad»³. De manera que la verdad, como el comprender, es

¹ VATTIMO, Gianni: *Introducción a Heidegger*. Barcelona. 1987. Ediciones Península. pp. 23-35.

² CORETH, Emerich: *Cuestiones Fundamentales de Hermenéutica*. Barcelona. 1972. Editorial Herder. p. 193.

³ GADAMER, Hans Georg: «¿Qué es la verdad?». En *Verdad y método II*. Salamanca. 2000. Ediciones Sígueme, p. 62. Al interior de esta propuesta se entiende mejor la noción propuesta por Gadamer del comprender como un acontecer, expresada en una de las frases más citadas de *Verdad y Método I*: «cuando se

un acontecer, un evento de la tradición. Entonces, la verdad de una época no tiene porque ser la de otra, la verdad puede mudar y la misma historia demuestra que muda. Bajo esas categorías, Gadamer sostiene: «Cada nueva interpretación es una nueva apropiación de la tradición y no el proceso por el cual el ser en sí va desvelándose cada vez un poco más»⁴. De lo que se trata es de una verdad-itinerario o del largo itinerario hacia la verdad. Toda verdad es histórica, por tanto distinta a las otras. Pero la historicidad de la verdad no es un obstáculo insalvable ni tampoco condena al relativismo, pues el hombre mismo es un ser histórico y la comprensión a la que accede tiene el mismo carácter que es constitutivo a su ser. Diecisiete años después de la publicación de *Verdad y Método*, Gadamer afirmó:

La historicidad no es ya un ámbito restrictivo de la razón y de su afán de verdad, sino que representa más bien una condición positiva para el conocimiento de la verdad. La argumentación del relativismo histórico pierde así todo fundamento real. La exigencia de un criterio para la verdad absoluta es un ídolo metafísico abstracto y pierde todo significado metodológico. La historicidad deja de evocar el fantasma del relativismo histórico contra el que prevenía aún tan apasionadamente el artículo programático de Husserl *La Filosofía como ciencia estricta*.⁵

Indudablemente que la lectura de la obra de Gadamer es particularmente ilustrativa para el quehacer historiográfico, porque le ofrece al historiador el puente que le evita caer en el «absoluto relativismo» (p. 114) que preocupa a Regalado. El comprender del historiador (finito, histórico, mediado por la tradición y el lenguaje) no puede escapar al cómo ocurre el comprender del ser humano, quien accede a verdades no absolutas, temporales, no totalmente objetivas, que son un acontecer de la tradición. Ése es el único tipo de verdad que puede obtener el ser humano, que es prueba y huella de su finitud y de su inmersión en la tradición, en la historicidad. Ningún método podrá evitar que esto suceda así, ninguna metodología por rigurosa que sea podrá «mejorar» la «calidad» de la verdad a la que podemos acceder. Nos referimos, entonces, a verdades temporales (pues no son eternas), pero no por ello episódicas. Por ejemplo, durante siglos creímos que el sistema solar estaba compuesto por nueve planetas y, sin embargo, hace muy poco se nos ha dicho que todo parece indicar que existe un planeta más. Por último, la verdad a la que podemos acceder reposa sobre el consenso, sobre el acuerdo intersubjetivo. Las verdades de cada una de las ciencias se basan en el consenso establecido por los especialistas, así como las del sentido común tienen su origen en el acuerdo intersubjetivo. Un consenso difícilmente establecido, un acuerdo dilatadamente trabajado soportan nuestras verdades, no las ocurrencias particulares o deseos individuales. Lo consensual es justamente lo opuesto a lo arbitrario.

comprende se comprende de un modo diferente» (GADAMER, Hans-Georg, *Verdad y método I*. Salamanca. 1999. Ediciones Sígueme. p. 367).

⁴ GADAMER, Hans-Georg: *Verdad y método I...*, p. 553.

⁵ *Ibidem*, «Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica». En: *Verdad y método II...*, p. 106.

En la constatación de la hermenéutica gadameriana, «no está en cuestión lo que hacemos ni lo que debiéramos hacer, sino lo que ocurre con nosotros por encima de nuestro querer y hacer»⁶. El planteamiento es ontológico, por lo tanto anterior a cualquier reflexión metodológica de cada una de las ciencias. Pero, el propio Gadamer no le niega validez al método: «Fue desde luego un toco malentendido el que se acusase al lema verdad y método de estar ignorando el rigor metodológico de la ciencia moderna»⁷. El método no lleva a la verdad con mayúscula y absoluta, pero sí permite configurar los criterios de corrección de modo que nuestra verdad goce de algún grado de certeza.

Entonces, la reflexión teórico-metodológica en el caso de la historia, debe apuntar a instituir un «criterio de corrección» que permita establecer, no ya la verdad absoluta, pero sí la posibilidad de ir más allá de los textos, distinguiendo lo falso de lo verdadero en la realidad de la que ellos dan cuenta. Si bien es cierto que Gadamer afirma que toda verdad está obligada a someterse al horizonte del intérprete, no es menos verdad que a la vez sentencia: «La vinculación a una situación no significa en modo alguno que *la pretensión de corrección que es inherente a cualquier interpretación* se disuelva en lo subjetivo u ocasional»⁸. Luego de algunos años de haber publicado *Verdad y Método*, Gadamer sostuvo que la labor hermenéutica del historiador es distinta de la del filólogo, pues usa los textos sólo como testimonios para, a partir de ellos, captar una realidad existente más allá de los textos:

Ahora veo que no es sólo cuestión de criterio como creí en *Verdad y Método*. La historia no es mera filología a escala mayor. (...) El texto y especialmente el texto literario es para el filólogo una magnitud fija. El historiador en cambio ha de reconstruir su texto fundamental: la realidad histórica.⁹

En tanto que su intención primera es ontológica, Gadamer no encuentra ningún inconveniente en no dejar explicitados en qué consistirían esos criterios de corrección. Le toca a cada una de las ciencias del espíritu, desde sus esquinas, pero siempre abiertas a la interdisciplinariedad, establecer dichos criterios que serán la base de sus certezas y permitirán también configurar los consensos. Como Liliana Regalado ha anunciado que el presente es un adelanto de un trabajo mayor, desde aquí

⁶ GADAMER, Hans-Georg: «Prólogo a la segunda edición» de *Verdad y método I...*, p. 10.

⁷ *Ibidem*, «Epílogo» a *Verdad y método I...*, p. 641.

⁸ *Ibidem*, *Verdad y método I...*, p. 477. Las cursivas son nuestras.

⁹ *Ibidem*, «Entre fenomenología y dialéctica. Intento de una autocrítica». Introducción a *Verdad y método II...*, p. 26. Como dato adicional, podríamos precisar que hace no muchos años, Gadamer sostuvo una muy alturada polémica con su discípulo Reinhart Koselleck, en la que éste pretendió demostrar que, de algún modo, los historiadores podían safarse de la universalidad de la hermenéutica, en la medida que estaban dotados para conocer una realidad extratextual (Koselleck, Reinhart. «Histórica y hermenéutica». En: *Historia y Hermenéutica*. Barcelona. 1997. Paidós. 90-91). Gadamer contestó reconociendo nuevamente la posibilidad de los historiadores de ir más allá del texto, pero, a su vez, enfatizó su imposibilidad de independizarse del lenguaje o la tradición dada su historicidad como seres humanos (GADAMER, Hans-Georg. «Histórica y lenguaje: una respuesta». En: *Historia y Hermenéutica*. Barcelona. 1997. Paidós. pp. 95-106).

declaramos esperarlo con ansias académicas, pues la autora ha ofrecido sobradas muestras de que en una investigación de más largo aliento ahondará aún más en estos y otros asuntos para iluminarlos.

Joseph DAGER ALVA
Pontificia Universidad Católica del Perú

FERNÁNDEZ Christian: *Inca Garcilaso: Imaginación, memoria e identidad*. Lima. 2004. Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos. 182 pp.

El libro del Profesor Christian Fernández se inscribe en la línea, frecuentada en los últimos años, de buscar un acercamiento a la lectura de textos del siglo XVI desde la perspectiva que ofrece la mentalidad del lector contemporáneo, analizando el pensamiento global de un autor, y no sólo el contenido de una de sus obras. El autor aborda así, en cuatro estudios que estructuran los cuatro capítulos de su obra, el estudio del discurso del Inca Garcilaso, no sólo a partir de *Los Comentarios Reales*, aunque las citas a ellos sean las más recurrentes a lo largo de todo su texto, y el tema del primero de sus estudios, insistiendo en que *La Historia General del Perú* constituye una unidad inseparable de sus dos partes en el conjunto del texto, si bien la intención del Inca al dar aquel título a la primera pretende, de una forma intencionada, utilizar una estrategia retórica de marcada significación política para narrar la historia de sus antepasados maternos. La elección del título como *Comentarios* no es simplemente un mero recurso literario, se ajusta al concepto propuesto por San Jerónimo, que significa comprometer e incluso manipular al lector en su propia interpretación del texto, trascendiendo la simple narración de unos hechos.

En su segundo estudio/capítulo, profundiza en el tema de la búsqueda por parte del Inca de su propia identidad, también a partir de su nombre como autor, en un largo y tortuoso proceso de cambios en ese nombre, marcado por su peripecia vital, y de la toma de posiciones nada simple que se refleja de forma similar a la de la estructura de sus *Comentarios Reales*. La primera parte de su nombre lo identificará no como un simple indio, sino como integrante de la estirpe de los antiguos soberanos del Perú: Inca Garcilaso. La segunda como en el texto de su historia, dedicada a la conquista española, recoge su nombre español.

A través de su nombre y de su escudo, tema del capítulo tercero, el autor rastrea la invención de una nueva identidad del inca mestizo. Se detiene especialmente en la significación que subyace en la iconografía de ese escudo imaginario que Garcilaso diseña como expresión de su pensamiento y su sentimiento mestizos, pero también como un auténtico paratexto, cargado de una indudable intención de alegato político contra la actitud de las autoridades españolas frente a los descendientes de los últimos soberanos incas a raíz de la captura y muerte de Tupac Amaru.

Por esta razón subraya la especial trascendencia que tiene la inclusión en ese escudo, entre los símbolos relativos a su ascendencia materna, de la figura de las serpientes o amarus, emblemas del linaje incaico, aun siendo consciente de la iden-